

# TRAUMA Y VERDAD

Alberto Loschi

## Algunas citas de Freud

### A modo de introducción

De las muchas consideraciones que Freud hace en relación al trauma hay una sobre la que en esta oportunidad queremos ahondar. Es aquella en la que se refiere a éste como una discontinuidad, como una 'fractura' psíquica. Son numerosos los pasajes en que alude a este carácter que asigna al trauma, aunque nunca define en forma clara entre qué y qué es la discontinuidad; entre Cc. e Inc.?, entre dos aspectos del yo como describe en la escisión?, una discontinuidad en el mismo inconsciente?, entre el Inc. reprimido y el ello?, entre psique y soma?. Todas ellas tienen que ver con el trauma, todas suponen al trauma, pero el trauma mismo qué es?, es lo que provoca la 'fractura'?, es la 'fractura' misma?. En un caso el trauma es agente, en el otro participa en la 'sustancia' misma de lo psíquico. Pero comencemos por repasar y repensar las consideraciones que va haciendo Freud sobre esta cuestión.

En un momento de sus Estudios sobre la histeria se refiere al trauma como aquello que provoca una disociación de la conciencia. En el Manuscrito K dice que la vivencia primaria displacentera no es resistida ni construye síntomas, sino que deja una brecha psíquica. En Más allá del principio del placer habla de una ruptura en la "barrera de protección antiestímulo". En el Proyecto explica la 'fractura' como una decalectización del estímulo y dice: "...de la vivencia dolorosa resulta una repulsión, una aversión a mantener catectizada la imagen mnemónica hostil". En términos semejantes vuelve a referirse en el cap. VII de

Interpretación de los sueños, agregando allí que esta fractura es el modelo y el primer ejemplo de la represión psíquica. Transcribiremos aquí esta cita porque la usaremos para otras consideraciones: “Busquemos primero la contrapartida de la experiencia de satisfacción primaria, o sea la experiencia de sobresalto exterior. Sobre el aparato primitivo actuaría un estímulo de percepción que sería la fuente de una excitación dolorosa. A esto seguirán desordenadas manifestaciones motoras , hasta que una de ellas sustraiga al aparato la percepción y al mismo tiempo el dolor. Esta manifestación motora que ha logrado suprimir el estímulo displaciente, surgirá en adelante siempre que el mismo se renueve y no cesará hasta conseguir otra vez su desaparición. Pero en este caso no perdurará inclinación ninguna a cargar de nuevo alucinatoriamente, o en otra forma cualquiera la percepción de la fuente de dolor. Por el contrario, tenderá el aparato primario a abandonar esta huella mnémica penosa en cuanto quede nuevamente despertada por algo, pues el curso de su excitación hasta la percepción produciría displacer (o, más exactamente, comienza a producir). La separación del recuerdo, separación que no es sino una repetición de la fuga primitiva ante la percepción, queda facilitada, por el hecho de que el recuerdo no posee, como la percepción, cualidad bastante para atraer la atención de la conciencia y procurarse de este modo una nueva carga. Esta sencilla y regular exclusión de lo penoso del proceso psíquico de la memoria nos da el modelo y el primer ejemplo de la represión psíquica”. Lo que en la cita anterior llama “experiencia de sobresalto exterior” es retomado en Inhibición, síntoma y angustia cuando reflexiona sobre qué puede resultar traumático en el momento del nacimiento. Allí dice: “El feto no puede advertir sino una extraordinaria perturbación en la economía de su libido narcisista. Llegan a él grandes magnitudes

de excitación, que generan sensaciones de displacer no experimentadas aún...” y agrega algo muy interesante: “... algunos de sus órganos adquieren elevadas cargas, circunstancia que constituye como un preludio de la carga del objeto que no tardará en iniciarse...”. Sigue diciendo Freud: “La situación que considera como un peligro y contra la cual quiere hallarse asegurado es la de insatisfacción, la del crecimiento de la tensión de necesidad, contra la cual es impotente”, y agrega: “Con la experiencia de que un objeto exterior, aprehensible por medio de la percepción, puede poner término a la situación peligrosa que recuerda la del nacimiento, se desplaza el contenido del peligro desde la situación económica a su condición, o sea a la pérdida de objeto”. Señalemos que, siguiendo esta idea con rigor, la condición primaria del peligro es la ausencia de percepción. Y termina diciendo Freud: “El peligro es ahora la ausencia de la madre.... El objeto materno psíquico sustituye para el niño la situación fetal biológica”. “El objeto materno psíquico” es aquel ligado a la percepción, el que en la anterior cita menciona como “huella mnémica de experiencia de satisfacción”.

También en Inhibición, síntoma y angustia dice que las primeras represiones son previas a la aparición del superyo y tienen que ver con la intensidad hipertrófica del estímulo y la ruptura de la barrera de protección.

### Algunas Asociaciones sobre las Citas

De todas estas citas, sobre las que cabrían muchas consideraciones y precisiones que acá no vamos a abordar, queremos ahora subrayar lo siguiente: La relación que Freud establece entre el trauma y un ‘primer modo de represión’.

Esto recuerda, si pensamos en la metáfora del trauma de nacimiento, la alegoría de Platón sobre el nacimiento como un atravesar del río Lethés, el río del Olvido y de los muertos, uno de los cuatro ríos del infierno, proceso éste que dejaría todo un mundo olvidado. De Lethés deriva letal, letargo; es interesante que de allí viene la palabra Aletheia que se traduce, correctamente, como verdad, pero cuyo prefijo negativo señala que el sentido de Aletheia para el griego primitivo era ‘desolvidar’, sentido que no debe confundirse con el de recordar. Verdad, para el griego primitivo, era, pues, ‘desolvidar’, era lo que aparece a la mirada emergiendo del Lethés, lo que llega de los muertos, o sea aletheia. Este mundo olvidado en el Lethés es otro que el mundo suprasensible de Platón. Con Platón cambia el sentido de verdad. De ser lo que se desolvida, verdad pasa a ser la adecuación entre la idea y la cosa; este último sentido es el que toma luego la palabra latina veritas. Nos parece interesante rescatar ese sentido primitivo de verdad: Aletheia. En tanto la palabra ‘desolvidar’ se presta a confusiones, insistamos entonces que ‘desolvidar’ quiere decir algo distinto de ‘recordar el trauma’. El recuerdo tiene que ver con representaciones, ‘desolvidar’ alude a poder ‘mirar’ lo que se presenta, implica un cambio en ‘la mirada’.

La referencia al trauma como una brecha, una ‘fractura’- sentido etimológico de la palabra trauma-, o sea como una barra que separa y comunica.

Esto recuerda otra cita de Freud en Inhibición, síntoma y angustia cuando dice: “Hay más continuidad entre el feto y la vida posnatal que lo que la impresionante cesura del trauma de nacer quisiera hacernos creer”. Bion, refiriéndose a esta frase, toma en sentido literal el giro expresivo de Freud para señalar que es “la impresionante cesura” la que nos hace creer. Como si el creer, y

el pensar que se apoya en ese creer se organizaran a partir de la cesura. Las palabras “Hay más continuidad”, que aparecen en la misma frase, indican la posibilidad de trascender ese “creer” y poder tomar también una perspectiva que permita ver desde el otro lado de la cesura, poder ver desde el ‘desolvido’. Pero “la impresionante cesura” parece presentar un límite que nos ciega para poder creer en aquello que se nos presenta desde el otro lado.

### La cuestión de la irrepresentabilidad del trauma

Lo que llega del ‘olvido’ es irrepresentable, no accede a la imagen y tampoco a la palabra, escapa pues a las vías de identidad de percepción e identidad de pensamiento.

Así dice Freud: “...no perdurará inclinación ninguna a cargar de nuevo alucinatoriamente, o en otra forma cualquiera, la fuente de dolor”. Esa otra forma es una referencia a la palabra. Pero señala que ‘lo que llega’, excita “desordenadas manifestaciones motoras” que tienden a repetirse “cada vez que el estímulo se renueve”(actuación) o se manifiesta en la sobrecarga de órgano (hipocondría). También indica que ‘eso que llega’ va a determinar la carga de objeto. Así, los desprendimientos que nos llegan del ‘olvido’, provocando una gran perturbación en la economía de libido narcisista, determinan que “algunos de los órganos adquieran elevadas cargas, circunstancia que constituye como un preludio de la carga de objeto que no tardará en iniciarse”. De este modo, podemos pensar que ‘el órgano’ y ‘el objeto’ muestran lo que se hace presente. Lo que se presenta, en tanto presente, no es representable. De ahí que no se trate tanto de ‘recordar el trauma’, sino de hacer presente su presencia. A esto alude ‘desolvidar’.

La referencia que hace acerca de que el conjunto: 'excitación motriz', 'sobrecarga de órgano' y 'desequilibrio en la economía de libido narcisista' configuran lo que da en llamar "tensión de necesidad". Es habitual entender 'necesidad' por su referencia somática, como 'las necesidades biológicas', tal vez porque 'cuerpo' es uno de los nombres que le damos a lo 'olvidado', separado de la psique. Ya en otro lugar hicimos una crítica al concepto de necesidad biológica, sin embargo creemos que puede mantenerse el concepto de necesidad si por ella entendemos aquella manifestación en la que se muestra la dimensión trágica del hombre. Recibimos noticia de la conmoción narcisista, la que sepulta lo trágico en las aguas del olvido, a través de sus desprendimientos que llegan con el carácter de necesidad. Son, las 'demandas de los muertos', las que en lenguaje de la teoría hacen al incesto-parricidio. Desde esta perspectiva la necesidad es memoria de lo olvidado (sepultado), aquello que siempre es 'actual' y nos demanda. Así puede entenderse el concepto de Freud de "huella mnémica de tensión de necesidad". No se trata pues de una memoria del 'estado biológico' de necesidad, sino a la inversa, de la necesidad como memoria. Es lo no vivido, lo no nato, lo que escapa a la percepción y que 'habla' en la sobrecarga de órgano y en la derivación motora. Recordemos la figura del llanto y el pataleo que tanto menciona Freud. En el llanto del 'bebé', la carga de órgano -efusión de lágrimas, congestión de ojos, vías respiratorias, aparato de fonación- y la derivación motora -gestos, movimientos de torso y miembros- 'hacen cosas', despiertan vivencias en el que atiende el llanto, vivencias que van desde el más tierno amor a la angustia extrema que puede llegar al crimen. Se muestra en 'acto' el tremendo poder presente en esas memorias. Observamos al bebé llorando, los movimientos de sus miembros, torpes pero firmes, nos recuerdan acciones de

ataque - huida, sus gestos tensos, crispados, denotan horror y violencia. Qué ocurre?, qué observa?, está en presencia de un asesinato?, es protagonista de un crimen?. Cuando Freud dice que en la identificación directa, previa a la carga de objeto, el infans se apodera del padre, está describiendo la operación 'asesinato del padre'. Podemos pensar que esta operación es 'actual' en la escena de llanto. Por su parte la madre, protagonista en la escena, 'presencia el asesinato', siendo presa de intensos afectos que la llevan a ofrecer su pecho completando la escena incestuosa. Del otro lado de la cesura todo esto ingresa a la percepción como una tierna escena de amor que configura la "huella mnémica de experiencia de satisfacción", se instala el "objeto materno psíquico", el objeto familiar, y junto a él el yo, que hunde en el 'río Lethés' su raíz incestuosa. El trauma de nacimiento es así el trauma del incesto. Alrededor de este trauma se configuran y nacen, coimplicándose, yo y objeto, y con ellos aparece la dimensión moral del hombre. Este trauma, en rigor, nunca ha tenido lugar porque no hay a quién le ocurra, el yo no está allí para vivirlo aunque lo hereda; es lo que queda fuera del tiempo, siempre actual.

Es a partir de la dimensión moral, con el yo y el objeto, cuando se dividen las aguas configurando dos mundos: el moral y el trágico. El trauma resulta de esta división, es la división misma y desaparece cuando esta división se disuelve. El desolvido de lo traumático, que es algo distinto al recuerdo, trae una mutación.

La afirmación de Freud acerca de que es la percepción objetual la que protege de lo traumático Recordemos que Freud describe "la huella mnémica de la experiencia de satisfacción" como la unión de la vivencia de necesidad y la huella mnémica - perceptual -del objeto que la satisface: "el objeto materno psíquico". Si queremos

definir su “contrapartida” -la impresión traumática- con los mismos términos de la anterior fórmula, diríamos que corresponde a la emergencia de la tensión de necesidad en ausencia de percepción objetal. “El objeto materno psíquico” es así el objeto familiar, en las sombras queda ‘lo otro’, aquello, que al aparecer, lo hace con la cualidad de lo ominoso, lo familiar-diferente.

### El yo y lo otro

### El Yo y el Ello

Tomemos otra representación de esa cesura que divide y une: la que separa el yo del ello. De acuerdo a Freud el yo, ese “nuevo acto psíquico”, resulta de unificar lo anárquico, diverso y fluido del “ello”. Esa operación, llevada a cabo con libido narcisista y en la que, como agrega Lacan, participa en gran medida el acto perceptual, fija una identidad. El ser del “ello” deviene un ente: el yo. Jugando con las palabras podemos decir que el yo es un idente, un ente del id, y como tal un objeto metafísico, una ficción. De esa ficción forma parte la idea de unidad del yo, la idea del yo como causa de, la idea del yo como forma, como imagen y sustancia -el yo es ante todo corporal -. Sobre esto podríamos decir que el yo es ante todo una creencia, como la creencia en dios. Puede hacerse una analogía entre el yo y el dios del monoteísmo por un lado y el ello y los antiguos dioses del politeísmo por otro. Así como el dios del monoteísmo es el heredero de los antiguos dioses y los sepulta, también podemos decir que el yo es el heredero de los antiguos yoes del ello a los que sepulta. La creencia en el idente yo tiene como condición excluir lo difer-ente, como la emergencia de un nuevo dios conlleva sepultar en la oscuridad a los antiguos. Eso diferente es desde ahora lo trágico que, sepultado en el olvido, vuelve bajo la forma de un objeto, el objeto



fundamental, para atraer al yo. Ese objeto, como una suerte de 'atractor extraño', es 'lo otro', lo que dibuja el destino del yo.

### La Identidad del Yo - El principio de identidad –

La percepción Decíamos que para que el yo se conforme como unidad tiene que incluir lo igual y excluir lo diferente. El principio que rige ese movimiento es el principio de identidad. Por su parte Lacan menciona un elemento que creemos de singular importancia en esta operación unificadora: la imagen perceptual. La percepción unifica lo que es fragmentado. Siendo más precisos podemos decir que lo fragmentado sólo es tal a partir de la unificación. Fuera de esa oposición 'lo fragmentado' es otra cosa. Ahora lo fragmentado 'malo' se opone a la unidad 'buena' y esto caracteriza la emergencia de la dimensión moral del hombre; el trauma es la barra -la fractura - que lo separa de la dimensión trágica. A partir de allí esa barra se reproducirá en infinitas versiones: bueno/malo, cuerpo/alma, masculino/femenino, conciente/inconsciente, palabra/no palabra. En rigor lo que queda del otro lado de la barra es inconmensurable, pero adquirirá ligadura reinterpretrandoselo desde la dimensión moral. Así lo trágico, visto desde lo moral, siempre es 'malo'. El guardián que sostiene esa barra es el principio de identidad del cual el principio del placer sólo es su coartada, su función táctica. Acostumbramos pensar en el principio del placer como un principio fundamental; proponemos, introduciendo un nuevo concepto, pensar que el principio del placer se sostiene en el principio de identidad que le subyace. Podemos pensar que lo placentero y lo idéntico coinciden en su origen y esa raíz común se conservará en lo sucesivo. Lo idéntico es lo placentero y la percepción es el instrumento que protege la identidad. Lo que afecta al principio de identidad escapa a la percepción: es lo diferente. Lo explica

bien Freud en su artículo del fetichismo. La visión del genital femenino, que presenta la castración - lo traumático-diferente -, es rechazada, en su lugar se sobrecarga la imagen perceptual inmediata anterior: el fetiche. El mismo modelo de pensamiento aplica en Construcciones en análisis al hablar del “recuerdo hiperclaro”. El grado de intensidad sensorial y de creencia de estos recuerdos depende del hecho de ser periféricos al suceso traumático, el que queda excluido de la imagen perceptual, confinado al otro lado de la barra. Si tomamos estos ejemplos extremos como modelo para entender lo cotidiano se nos presenta la percepción como la pantalla opaca que excluye lo traumático-diferente. Aceptando lo dicho resulta la percepción la verdadera “barrera de protección antiestímulo”.

### Lo Diferente y el problema del Objeto

Lo que queda del otro lado de la barra es lo diferente y el paradigma de lo diferente es ‘la muerte’, la dimensión trágica del hombre, que de aquí en más acosa al yo como su sombra. Con la palabra ‘muerte’ nominamos aquello del incesto-parricidio que permanece ajeno. ‘Muerte’ toma diversas significaciones, las principales, siguiendo a Freud en Inhibición, síntoma y angustia, son las siguientes: ausencia de objeto, castración y miedo a la muerte.

Es a partir de estas consideraciones que podemos considerar la importancia del objeto en las vicisitudes de lo traumático, extraño al yo. En primera instancia el objeto es lo diferente, lo que explica uno de los sentidos posibles de la frase de Sartre -“El infierno son los otros”- Pero también, en tanto es otro yo, es lo que ‘metaboliza’ lo que es traumático para el yo, aportando la imagen perceptual del objeto familiar.

En primer término el objeto es lo extraterritorial al yo, contiene lo que es ajeno, las sombras, 'los fantasmas de los muertos' -las catexis del ello- y que, desde ahora, sólo pueden ser "aprehensibles por medio de la percepción". La percepción juega así ese papel de "barrera de protección antiestímulo"; cuando algo de 'lo ajeno' supera su umbral se interrumpe. Lo que llega por la percepción 'nace' a la experiencia y hace a 'lo familiar'-heimlich- del objeto. Lo que escapa a la percepción es 'lo otro', configura un objeto ligado directamente al ello-yo ideal: 'el muerto', 'lo no nacido', 'lo que es nada', "unheimlich". Desde aquí puede decirse que la percepción siempre engaña, y que el trauma tendrá que ver con un desengaño. Aquello del objeto que franquea la percepción va haciendo a lo 'familiar' de éste y configura la trama de recuerdos. En las sombras está 'lo ajeno', lo 'no nato', lo que al romperse "la barrera" irrumpe como lo 'ominoso diferente'. Los desengaños van a ir cambiando la cualidad de 'lo familiar' y por ende también de 'lo ominoso'. El objeto sería como un tutor de 'la herencia' que el yo no puede administrar. El yo pasa entonces a depender en su totalidad de ese objeto -del que vendrá el desengaño-, con el cual desenvolverá su complejo de Edipo.

### La Presencia del Trauma y el Analista

Desde esta perspectiva 'el trauma' no es lo accidental que podría evitarse, es lo ineluctable y fatal. Es la forma en la que se presenta 'el muerto'. Por otra parte 'el muerto' siempre está... y siempre está opacado por la percepción. La atención flotante, la contratransferencia, la vivencia del analista son conceptos que, siendo muy distintos, tratan de dar cuenta de ese ejercicio singular del analista que tiende a suspender la percepción para poder 'oir la voz de los muertos', para poder ser sensible a lo que aparece. Los 'aparecidos' no se dan en la percepción. Usando una

metáfora podemos decir que la luz del sol ilumina, como fuente externa, todas las cosas por igual, pero enceguece para la luz que emana de las cosas mismas, 'la luz mala', la que no debe verse. El analista, al ver la 'luz del aparecido', es un transgresor. Pero esa transgresión, si la realiza, le permite hablar del trauma, y su voz, acompañando a la palabra, a la vez que habla del trauma, es traumática para el paciente, quien difícilmente podrá perdonar esa transgresión. Es en este sentido que puede decirse que el análisis interviene en el destino, al precio de ocupar el analista - como objeto - el lugar del destino del trauma. La construcción del analista, al mostrar el trauma, es sentida como verdadera. En Construcciones en análisis, Freud señala este efecto de verdad de la construcción, aunque lo sorprende que el mismo no vaya acompañado de la emergencia de un recuerdo que avale esa verdad. Volviendo a lo que decíamos al comienzo podemos explicar su inquietud pensando que Freud considera -verdad- en su sentido platónico, como veritas, o sea como adecuación justa de la idea a la cosa. De ahí que esperase la aparición del recuerdo como 'la cosa' que mostrase la adecuación justa de 'la idea' de la construcción. Pero si volvemos al sentido griego de verdad, o sea verdad como Aletheia, como desolvido, desocultamiento, el efecto de verdad de la construcción estaría dando cuenta de lo que se muestra, lo que se presenta. En última instancia 'el desolvido del trauma' es mostrar la presencia, siempre actual, de la muerte y el nacimiento. El 'desolvido' trae una mutación del yo, del narcisismo del yo. La identidad deja de quedar definida por la exclusión de 'lo otro', recuperando esa dimensión perdida. Se cumplirían acá las palabras que Freud toma de Goethe: "Lo que de tu padre has heredado tuyo debes hacerlo".